

XVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C.

REGATEAR ES HUMANO

Padre Pedro José Ynaraja

1.- La primera lectura de la misa de este domingo, es continuación de la de la semana pasada. Acordaos, mis queridos jóvenes lectores, que dejamos en la jaima al patriarca Abraham con su divinos huéspedes, tres que eran uno, o uno acompañado de dos a su servicio. Si creemos lo primero, sería una revelación anticipada del Misterio de la Santísima Trinidad, como lo imagina la tradición oriental. Si pensamos lo segundo, más fácil para entender el fragmento de hoy, se trataría del Señor acompañado de dos ángeles.

2.- Estaban en la jaima y la esposa Sara escuchaba en silencio y a escondidas en un lugar cercano, pero cuando oyó que hablaban de que iba a tener un hijo, ella, que sabía que su vejez implicaba esterilidad, se rio. ¡Ireírse de Dios, qué imprudencia! El Señor se lo recrimina, pero no la condena, es la esposa de su amigo. Marchan de Mambré hacia oriente, el camino es de bajada, lo he hecho en coche más de una vez. El Señor y Abraham irían a pie, pausadamente, tal como lo exige un trayecto que en verano puede suponer 40°C de temperatura.

3.- Para progresar en los negocios es preciso ser cauto y prudente y mantener en secreto proyectos y posibles fracasos. En el seno de la Iglesia, entre gente de misa, se practica con frecuencia el mismo proceder. Facilita el conseguir a corto plazo el éxito y no perder poder. Tal proceder es muy humano, pero no es el del Dios que se ha hecho amigo del Patriarca. A él no quiere ocultarle nada. Le habla confidencialmente. La confidencia supone confianza, os lo digo muchas veces, mis queridos jóvenes lectores. Y la confianza se torna exigencia, no lo olvidéis.

4.- Abraham es un beduino que practica con agilidad el arte de regatear. Baja, le dice el Señor, a inspeccionar el proceder de las gentes que habitan junto al Mar de la Sal o Mar Muerto. Sabe que su obrar es malvado y es preciso castigarlos. Ya que se le ha confiado el Señor, Abraham será sincero, le descubrirá la interioridad de su corazón. Conoce de oídas a aquellas gentes y siente una cierta compasión por ellas. Entre otras razones, porque son convecinas de su sobrino. Seguramente la malicia no será total, le dice. El Señor advierte: sí que lo es. Pero al menos habrá cincuenta personas buenas, que compensen, que no se lo tome a la tremenda. Si hubiera cincuenta, se salvarían todos... No se contenta con la respuesta y con atrevimiento vuelve a insistir, empieza entonces el regateo. El Señor se amolda. En el Cielo no se estila discutir, pero se compenetra con el estilo del que le acompaña... ¡qué Dios

tan humano es el que adora Abraham! Los dos amigos se separan tristes, pero la intercesión del Patriarca no será del todo inútil. Se salvará su familia.

5.- El pasaje es muy apropiado para recordar el valor de intercesión. Puestos en la actualidad el concepto que de muchos lugares tendrá Dios no será muy diferente al que tuvo sobre Sodoma y Gomorra. Pero ahora, jalonando territorios, sin exhibirse, aquí y allá, hay comunidades que en silencio adoran al Señor. Nunca se está tan cerca de los hombres, como cuando se reza a Dios por ellos. Si fue atrevido el proceder de Abraham, también la heroicidad de estas comunidades que interceden sin enterarse de los resultados de sus plegarias, nos asombran y las admiramos envidiándolas. Los pararrayos no son sólo conductores de las centellas, de continuo descargan por sus puntas electricidad y disminuyen peligros. Así ejercen tantas comunidades contemplativas a las que debemos estar muy agradecidos.

6.- Estábamos condenados a la desesperanza. Jesús tomó nuestros yerros, se los hizo suyos y los clavó en la cruz, nos recuerda Pablo en el fragmento que proclamamos hoy como segunda lectura de la misa de este domingo. La lectura evangélica es preciosa. Nos ofrece la liturgia de hoy la versión del Padrenuestro según el texto de Lucas. De significado idéntico al que tiene la oración que habitualmente rezamos, pero sus palabras son algo diferentes. Esta diversidad nos facilita que hoy ahondemos en el sentido de la oración que nos legó el Señor. Fijaos, mis queridos jóvenes lectores que les enseña a ellos a rezar después de haber estado Él rezando. Nuestra plegaria, dicho en términos que a algunos de vosotros os gustará y entenderéis, es el logaritmo neperiano de la plegaria del Señor. Infinitamente inferior pero relacionada con la de Él.

7.- Si Abraham fue pesado con su insistencia, Jesús no condena su proceder. Con su parábola tan repleta de colorido costumbrista, nos anima a ser constantes. Aquí es al revés de lo que os decía antes. El proceder del buen hombre refleja, elevado a exponente infinito, el buen obrar de Dios. No solo otorga, añade algo impensable: el don del Espíritu.